

## En la prisión

Me encuentro en la cárcel, y no porque me haya buscado allí, sino porque el juez me culpó del asesinato de un conocido; “conocidio” era el cargo. Estoy en una celda hexagonal... “para que no digas que estás entre cuatro paredes” –se reía el guardia. Siempre le respondía lo mismo: “si estoy entre seis paredes, estoy entre cuatro...”; y nunca me entendía.

Me cuesta levantarme, el colchón está tan hundido en el medio que casi me da claustrofobia; al menos no me tocó uno de los que te hacen añorar la confortable suavidad del suelo... que es de piedra. Me cuesta levantarme... me saco el cinturón de plomo y lo pongo en la mesita de luz (o su análogo local); por supuesto, se cae... es estúpido pensar que algo hecho de luz puede sostenerlo.

Finalmente, me levanto, camino hacia las rejas y me asomo agarrado a ellas; intento ver los extremos del pasillo. Como siempre, no lo logro. Parece que el día de hoy será otro palote tachado en la pared. Pero no, hoy no. De repente me siento mareado, como si me hubiese levantado muy rápido, pero con un sentimiento de vértigo mucho más intenso, como si me hubiese eyectado del piso. Tengo la sensación de que me caigo hacia atrás; mi punto de visión se aleja del normal, se eleva, y puedo verme a mí mismo desde arriba... como si fuese un viaje astral... siempre creí que había que estar dormido para hacerlo, aunque no puedo afirmar que no lo estoy; en este momento no puedo pellizcarme.

Subo hasta quedar acurrucado contra el techo, no me siento cómodo con la equidistancia de las paredes y me pongo de espaldas contra una de ellas. Levanto la mirada y veo que no estoy solo, hay otros tres individuos, los tres me están mirando. Uno de ellos, extrañamente parecido al carnicero de mi barrio, se aproxima; la semitransparencia de estas ¿personas? no me da miedo... más aún, esa característica me provoca una pequeña metafórica confusión y siento que puedo confiar en ellos. Todavía no me planteé qué es lo que está ocurriendo, parece ser que estoy bien así.

***(continuará...)***

“No te voy a decir nada” -me dice el carnicero- “quiero saber antes qué pensás vos acerca de lo que está pasando”. Pienso en qué voy a hacer: responderle en serio, en chiste o no responderle... “Respondeme en chiste, si querés” -se me anticipa. En efecto, le pregunto: “¿les falta uno para formar una banda Beatle?”. La conjunta carcajada me hace dar cuenta de varias cosas: (1) las risas no sobran en un lugar como éste (se extrañaban...); (2) el eco parece haber dejado de funcionar; (3) el tiempo se ha detenido, ya que mi alter-ego terrestre sigue allí abajo inmutable, permaneciendo inmóvil. Me parece insensato hablar de unidades de tiempo para referirme a la duración de las expresiones de alegría de mis

compañeros tan faltos de opacidad, así que no lo voy a hacer... sepan que hubo lágrimas y palmadas en espaldas.

“Al menos éste es gracioso” -dijo otro de ellos, pelado él, mientras se pasaba un pañuelo por un ojo. No sé si es que no me gusta que me traten de punto cardinal o el toque sarcástico que tuvo esa frase, pero algo me hizo dudar de lo bien que, hasta ese momento, creía estar. De repente, entra una piedrita por el ventiluz (o su análogo local), cae en el piso y se escucha el eco: una... dos... *n* veces... cada una con mayor volumen que la anterior, hasta que el ruido se torna ensordecedor. Si mis sentidos organizaran una protesta, estaría liderada por la audición. Antes de que pregunte algo al respecto, entra un colibrí, me mira y dice: “la tiré yo, para ver si el eco volvió a funcionar; me lo pidieron los murciélagos, dicen que no ven nada...”. Fue tal la cantidad de cosas que no entendí de ese episodio que decidí no darle importancia; incluso, quise iniciar un diálogo: “¿cómo hacen para arreglar el eco?” -dije- y la falta de respuesta fue: “si supiera hablar, te lo respondería”. El pajarillo se va.

“Cerrá los ojos” -me ordena el alopécico personaje. Hay cierto nivel de autoridad en los tonos de voz que no puedo obviar, así que obedezco. “¿En qué posición estás en este momento?” -me pregunta; “¿financiera?, mala, muy mala” -le respondo. A veces siento que soy un barco en una partida de batalla naval entre mi sentido del humor y el de la supervivencia; en este caso, me creo ‘hundido’, ya me enteraré a cuál tablero pertenezco, en el momento inoportuno. “Malo, muy malo, fue el chiste...” -me dicen, ya no sé quién. Y tiene razón. El silencio me hace pasar a la respuesta número 2: “estoy en cucullas, con la cabeza contra el techo”. Casi puedo escuchar los puntos suspensivos que estarían escritos en el globo de diálogo conjunto de ellos. Intento chequear que respondí acertadamente, abro los ojos, pero no veo el resto de mi cuerpo, me da cierto pánico. Nunca me tomé a mí mismo demasiado en serio. A nada, en realidad. Como me es típico, lo que no entiendo, lo asumo, y asumo que, por el momento y en esta ‘dimensión’, soy sólo un punto de vista.

Toda esta introspección parece haberme tomado un largo rato, ya que ‘La Terna’ se pone inquieta y el carnicero me pregunta: “¿no querés saber por qué estás en este estado, etéreo, ni quiénes somos nosotros?”. “Después” -respondo- “antes tengo otra duda... ¿cómo pueden verme si no tengo un cuerpo?”. “Porque somos muchas cosas, excepto insignificantes, a diferencia de tu pregunta...” -me dice el tercero, el que había permanecido en silencio hasta ahora. Gracias a mi incontinencia mental me quedo con la duda y con la vergüenza de haber dicho una estupidez... aunque más importante es lo primero (a lo segundo estoy más que acostumbrado).

***(continuará...)***

“Si a una bicicleta le crecen suficientes plumas en los rayos... ¿qué le impide volar?. Seguramente, sólo tu convencimiento de la imposibilidad, una especie rara, muy rara, exótica, de soberbia. La misma que te puso en esta penitencia, la misma

que te encerró en tus propias convicciones... ¿por qué creés que te llaman 'convicto'? Perdón, eso es por otra cosa. De vez en cuando, 'subimos' a alguno de ustedes -así le llamamos, porque nos causan gracia esas falacias como la gravedad, la ética, el azul petróleo y la monogamia- para hacerles saber que, a veces, tienen que tomar esos caminos que ni siquiera están señalizados, caminos que conducen a... nada." El carnicero parecía tener ganas de hablar, y de hablar sinsentidos. De todas formas, no tenía ganas de que me cuestionen el porqué de mi obligada estadía.

Y pasó lo que pasó. ¿Qué pasó?, un ruido... bastante insoportable... hasta que se hizo realmente insoportable. Lo provocaban el techo y el piso, ambos se resquebrajaron como por obra de un terremoto, pero un terremoto simétrico. Lo más extraño (y, a la vez, sensato) de todo es que el hecho de que el piso se abriera no me preocupó: soy sólo un 'punto de vista', y uno que flota; aunque, pensándolo bien, todos los puntos de vista flotan... es más, oscilan (y demasiado, a veces). Eso no importa. ¿Qué hacer con esa oportunidad de libertad?, ¿es parte del plan de estas tres 'personas' que me acompañan?, ¿me estarán evaluando?, ¿me quiero sacar un diez?, ¿hago la obvia y me voy...?. Es sano hacerse todas esas preguntas, pero llegaron tan simultáneamente que se me entremezclaron en la cabeza. Todo eso me provocó inacción. Me quedé, ahí, quieto. El pelado le murmuró algo al carnicero; el tercero... es, definitivamente, el tercero. No, no hay discordia.

"Podés moverte, si querés" -me dijo aquel cuyos cabellos brillaban por su ausencia; el brillo se tornaba literal sobre su cabeza. Esa sugerencia me hizo pensar que, efectivamente, me estaban evaluando, pero no fue eso lo que ocupó mis neuronas, sino lo siguiente: se dice que el espacio está conformado por tres dimensiones, pero que existe una cuarta: el tiempo. También se dice que nuestro mundo es tridimensional, pero esto no es del todo correcto. Todo el tiempo (justamente) estamos frente a cuatro dimensiones, de otra forma estaríamos ante escenas de un estatismo tal que sería insosteniblemente aburrido; incluso más aún que este pequeño divague.

"Me voy a dar una vuelta" -dije, y subí. ¿Cómo lo hice?, no sé, uno se locomotea de forma tan intuitiva que no se plantea cómo lo hace, y tampoco lo recuerda. Es explicar lo que es muy fácil, al estar tan cerca uno no llega a describirlo; es más, se lo lleva por delante.

Finalmente, salí. Afuera no me sentía un punto de vista, sino una opinión, y bien fundamentada.

**(continuará...)**

Todo había cambiado. O yo había cambiado. Si se diesen las dos cosas a la vez, ¿lo notaría?, si cambiara mi percepción, tal vez no. No sé. Creo que el carnicero me contagió la *senseless parlerum*.

Bajo a la altura del césped, que está desparejamente cortado, y avanzo a toda velocidad. Un árbol. Otro árbol. Un perro. El perro me mira. Los árboles no. De repente, choco contra la nada, contra una pared invisible, contra un campo de fuerza, contra algo. Dolió, de alguna manera, aunque no podría decir qué.

Se me suman dos confusiones: si el tiempo estaba detenido, ¿cómo se abrieron el techo y el piso?, debe haber sido obra de La Terna; pero, entonces, que el perro me viera se debió a la misma razón. No objeto el hecho de que efectivamente me vea, los perros ven cosas que nosotros no, sino que se haya movido. El sentido de la ironía me toma por asalto e imagino que es el pelado recorporizado caneiformemente. ¿Qué significado tendrá ese animal?, ¿y el perro?.

Cuando recupero un poco la motricidad mental, miro a mi alrededor (¿qué es lo que gira alrededor de un punto de vista?, ¿críticas?... tal vez...) y todo es horizonte. No hay nada: a tres metros, horizonte. A cien, también.

Darí la vuelta al mundo en diez pasos, si tuviera pies. Darí esa vuelta en 10 segundos, si el tiempo transcurriera. Intento avanzar y asomarme, para llegar a ver esa tortuga que sostiene al mundo parada sobre cuatro elefantes; pero no puedo, avanzo y el horizonte se mantiene a la misma distancia todo el tiempo. Suena a ilusión mía, pero no lo es, miro hacia atrás y veo-me alejando del perro. De todas formas, ¿qué percepción no es una ilusión nuestra?, es un tema en el cual no estoy en condiciones de ahondar.

No sé qué hacer. Acá afuera no hay nada, sólo horizonte, un perro y dos árboles, en ese orden. No es buena esta libertad. Vuelvo a la cárcel, no logré liberarme, pero, al menos, lo intenté. Por otra parte, sé que no es algo a lo que podré recurrir siempre, aún sabiendo que es una libertad que -no es que no me guste- me entretendrá sólo por un rato. Puedo andar kilómetros y kilómetros y sólo me ofrecerá más horizonte. ¿Querrá que me quede cerca de los árboles y el perro, al lado de la cárcel?.

Es una lástima: tengo que elegir entre dos mundos distintos, cada uno con tres protagonistas; en uno, me llama la atención el entorno... en el otro, quienes pueden ser llamados 'quienes'. Si el subdestino que elegí va a valer la pena, la Terna me va a tener que aclarar varias dudas.

**(continuará...)**

En el momento en el que estoy por entrar a la prisión tengo un *déjà vu* muy extraño, ya que es una mezcla de dos: el subir surfando por la pared me es familiar: mi juego preferido en la plaza: la hamaca: ese mecanismo mediante el cual solía desafiar a la gravedad no sin cierto miedo de alcanzar el piso mientras ella se encontrara en pleno apogeo. Las cadenas, los eslabones de metal no hacen que la sensación de 'ya visto' se disipe; menos aún el sonido que emiten cuando se los exige más allá de lo que cualquier padre permitiría (aunque eso ya caería en la categoría de 'ya oído'). El segundo sabor que me resulta familiar es resumible en

verano-playa-médano-tabla-pendiente-merienda\_de\_arena pre-satisfacción por una bajada exitosa post-pulida de tabla para lograrlo.

Me asomo a la brecha que se formó en el techo y veo a la Terna discutiendo algo, pero en voz baja; no logro escuchar el argumento de su discusión, así que subo el volumen del Mundo. Ahora sí. Sí puedo escuchar. A pesar de ello, no sé qué están diciendo... ni cómo. Interrumpo la discusión casi sin pensarlo; al verme, el pelado desaparece de la escena... literalmente.

El carnicero no se me acerca pero me dice: “uno no siempre sabe la finalidad de algunas pruebas... pero quiere estar a la altura”. Me estaba arrepintiendo de haber vuelto, ¿no necesitaba? esas pseudo-lecciones que el carnicero se empeñaba en propinarme. Pero ya no podía moverme. No intenté comprender el porqué, pero mi motricidad no estaba disponible para ser utilizada. Ahí me quedaré, pues.

“Volví” -le dije- “porque lo que hay allá afuera es una mentira”. En el momento en que la letra ‘a’ se despide de mí, el tercero se esfuma... sin dejar estela. Ahora somos sólo el carnicero y yo.

***(continuará...)***

-Bueno, acá estamos -me dijo.

-Así es, ¿cómo sigue esto? -le respondí.

-¿Tiene que seguir?

-Sí

-¿Qué es lo que tiene que seguir?

-Lo que sea necesario para que termine esta lección

-¿Lección?

-Sí, ‘lección’

-¿Qué lección?

-Me fui dando cuenta de varios detalles, debo decir...

-¿Por ejemplo?

-El perro, muy, pero muy obvio

-Jeje... -se sonrió el carnicero.

-Tiene cuatro patas y nosotros éramos cuatro

-Antes de que sigas dando muestras de agonía en tu sentido del humor, voy a aclararte una cosa: se me acaba el tiempo, se nos acaba el tiempo

-¿Qué pasa cuando se acabe el tiempo?

- Ya te lo responderás; mientras, *carpe diem*
- Bueno, no voy a preguntar qué significa eso
- Hacés bien, mi paciencia fue muerta a duelo por tus bromas
- Por mi sentido del humor agonizante...
- Sí, porque mi paciencia peleó hasta el final
- ...
- Te vas a arrepentir por haber desperdiciado estos minutos...

Una persiana negra y opaca se cerró frente a mí, anulando por completo mi visión; siento que me muevo con mucha rapidez, casi me mareo, casi llego a oír algo, casi llego a distinguir qué, lo logro, casi logro olvidarme. De alguna manera, fue como poder ver las ondas sonoras, pero al revés; lo que es evidente es la falta de riqueza diccionárica para explicarlo. Fue un fenómeno singular... porque fue uno solo. La vorágine sensorial continúa y, aún sin recobrar la vista, siento que tengo mi cuerpo físico de vuelta, es como tirarse por un tobogán de 2 km de largo: alegría, vértigo e imposibilidad en balance.

Finalmente, la persiana negra y opaca se abre y me muestra el final del pasillo ("gracias, persiana") a través de las rejas. Puedo ver (por fin) que se acerca el carcelero. Diez minutos después hacía nueve minutos que había comenzado con el protocolo de semi-liberación correspondiente a los días de visita y yo estaba sentado frente a un algo grueso hecho de un material transparente: 'acrílico', se le suele decir. Tras ello, mi amigo [...]. Bastante triste, lo noto a mi amigo [...]. Lo saludo y mi amigo [...] me es recíproco. Mi amigo [...] me comenta que [...] murió este mediodía, en un accidente de tránsito; [...] no lo conocía a [...], pero esto no impidió que [...] estuviese al mando del otro vehículo, el colectivo. [...] y [...] eran muy buenos conocidos de mi amigo [...] y yo. Pero, a diferencia de mi amigo [...], mi sentido de la tristeza había sido extirpado por el encierro, sin anestesia y con el bisturí oxidado y desafinado y sin anestesia.

-¿Otra vez hablando solo? -me dijo el guardia; esta vez, yo no lo entendí a él.

-... -lo miré.

-Ahí están viniendo sus tres hijos; por favor, no haga que se asusten de nuevo.

En efecto, giro la cabeza (me suena el cuello) y puedo verlos caminando hacia mí. Los saludo, los saludo y los saludo; aunque siempre hablo con uno solo de ellos:

-¿Qué tal? -digo no sin poca expresividad.

-¿Viste lo que le pasó a tu amigo [...]?

-No, pero me imagino... ¿un accidente?

-¿¡Eh, un qué!?, no, no, mirá, te cuento...

Ya no estaba escuchando, la confusión, el tedio, el encierro, por separado y todo junto, hicieron que mi foco de atención se desviara, se descentrara y cesara.

Perdí la concentración y la recuperé en un instante, pero aplicada en otro plano: una introspección mal hecha que me hizo dar cuenta de ciertas cuestiones. Al parecer, ya no estaban conmigo la sensatez, la discreción ni la sanidad mental.

-La próxima vez que me digas 'guardia' voy a hacer que lo lamente –me dijo el enfermero.

-La próxima vez que lo lamente vas a necesitar un guardia –le respondí, con más velocidad que la que mi salud necesita.

Siempre me atacaban. El enfermero (quien insistía con que yo lo llamaba 'guardia'), el enfermero (quien no necesitaba de una ofensa mía para golpearme) y el enfermero (quien se reía de todo). Me gustaba cuando se excedían con los sedantes porque la silla de ruedas era nueva. Sobre todo cuando es otoño porque prefiero leer con luz natural. ¿Dónde estaba el libro que dejé sin terminar la semana pasada?

-Lo siento, señor, si quiere se lo reservo –me dijo la bibliotecaria.

-¿Otra vez?, bueno, gracias... vuelvo a pasar en unos tres días –fingí que no me molestaba.

Dos líneas de diálogo de despedida de compromiso después estaba caminando por la calle. Treinta metros de caminata en vano más tarde estaba volviendo a la biblioteca. Si a la mitad de dicha distancia los dos libros que llevaba en la mochila hubiesen levantado vuelo (a pesar de lo pesado de sus tapas), diría que la lectura simultánea de ambos me había llegado a afectar profundamente. Por suerte no pude agregarle al cóctel ese tercero.

Llego a la biblioteca y hago aquello para lo cual está hecha la sala de espera. Siempre espero mi turno: tengo toda la vida para descubrir por qué esta sala tiene seis paredes. Siempre quise ser escritor... para lidiar con otro tipo de salas de espera. Momento de inspiración: "si estoy entre seis paredes, estoy entre cuatro".

**(FIN)**